# Los tontos y los intocables

Pablo Novo Menéndez

# Los tontos y los intocables

Pablo Novo Menéndez

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2025
© Pablo Novo Menéndez, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-25-8
THEMA: FBC - FFL - FF
DEPÓSITO LEGAL: M-20587-2025

*Hell is a collection of individuals who are spending the bulk of their time working on a task they don't like and are not especially good at.*

«(...) me vino a la mente una posible visión del infierno: un montón de individuos que pasan la mayor parte de su tiempo haciendo tareas que no les gustan y en las que no se desenvuelven especialmente bien».

David Graeber, *Trabajos de mierda: una teoría, 2018*.

# Prólogo

Repasando lo que le habían dicho que dijera, el presidente recordó que, de acuerdo con el fusilómetro, hoy era un buen día para que le pegaran un tiro en la cabeza, así que se aseguró pasándose las manos por las sienes de que estaba bien peinado. No había una cámara entre todas las que le apuntaban que no se habría puesto contenta de grabar un balazo haciéndole una lágrima de sangre en mitad de la frente, ni un solo micrófono que hubiera preferido captar su discurso antes que el disparo que le elevaría de hijo de puta a leyenda parlamentaria. Tenía que contentar a las dos Españas de una ciudad que acababa de arder y, aunque al subirse al atril se esforzó en hacerlo como si posara para la mirilla de un rifle de precisión, en cuanto vio la línea policial desde arriba supo que no iba a haber ningún magnicidio a la hora de la siesta.

La calle aún olía a neumático y la multitud que tenía en frente había tenido que negociar el espacio de la carretera con las migas de basura de dos contenedores calcinados que le daban a aquella calle de Madrid el mal espíritu de una zona de guerra. La tarima que habían montado sí que le confería cierta dignidad a la carretera, aunque no pudiera contrarrestar la cutrez de estar junto a una escombrera y tener grúas de fondo. Si por él fuera habría optado por leer en su sala de prensa un discurso ante una cámara que fuera a tratarle bien, sin arriesgarse a que ningún griterío le convirtiera en carnaza para los telediarios, pero le habían obligado a hacerlo allí, junto a la verja en la que Urban Integrated Solutions S.A. anunciaba la torre «Charca», el próximo rascacielos del horizonte madrileño, en el lugar donde habían muerto las cinco personas que habían alzado en armas a la capital, y donde algún día habría una nueva azotea para que algún francotirador volase una cabeza que no fuese la suya.

—Lo que nos reúne aquí hoy no es lo que nos une, sino lo que nos separa —dijo solemne.

La marea de gente que tenía delante estaba sorprendentemente tranquila. Si había banderas todavía no les habían dado excusas para ondear a favor o en contra de nada, y cualquier pancarta que hubiera, ya estuviese llena de insultos o de halagos, seguía enrollada entre las piernas de los que esperaban a ver si les daban la razón o se decía algo que no querían escuchar.

—Es una lástima que se tengan que perder cinco vidas españolas para que empecemos a darnos cuenta de quiénes son los verdaderos enemigos de nuestra democracia.

Tenía la mirada clavada en la cámara que le había indicado su jefe de prensa. Si se centraba, normalmente podía alcanzar una visión túnel que le permitía ignorar lo que había alrededor, pero aquel día el pensar que ninguna palabrería podría librarle de un fusilamiento mediático le impedía emborronar todo lo que le rodeaba. Veía cabezas empañoladas en *hiyabs* desperdigadas por toda la multitud, y a la izquierda se discernía claramente un grupo que, hoy sin pasamontañas, parecía esperar una señal para montar el mismo caos que el día anterior. Al otro lado, igual de indignada, la sociedad se desgajaba en grupos de todos los colores que se confundían en una turba que bien podría ser un rebaño o una manada, lista en ambos casos para arrasarlo todo en una estampida unánime si la cámara que le apuntaba, como el cañón de un barco pirata, daba el pistoletazo de salida.

—Desde el gobierno mostramos nuestro apoyo y más sincero pésame a las familias Díaz y Ouazzani. No nos cabe duda de que sus muertes no serán en vano y de que, aunque sea inevitable que queden grabadas en nuestra memoria colectiva como una tragedia, ayudarán a que la sociedad madrileña avance hacia el futuro con una mayor cohesión…

Algunos sectores de la multitud se revolvían ligeramente, pero estaba tranquilo. Sabía que, mientras hubiera una barrera de policías separándolo del resto, separando como hacían siempre la civilización de la barbarie, no le pasaría nada. Desde la altura, no obstante, a veces le era difícil adivinar cuál era la que se encontraba a su lado de la línea.

—Qué hijos de la grandísima puta —susurró Rorro.

En la mesa en la que estaban jugando había un escudo del Atlético de Madrid, y cada uno de ellos tenía debajo el perfil de una ciudad

construida con fichas de póker. Encima del oso y el madroño había un flop de un as de picas, un cuatro de tréboles y un rey de corazones, pero habían dejado de prestar atención a la partida en cuanto en la televisión apareció de traje y corbata el hombre más importante del país.

—Agravante por ensañamiento —dijo Morales repitiendo las palabras del presidente—. ¿De qué hostias está hablando este puto pingüino?

—¿Asesinato? ¿Por qué no le acusan de crímenes contra la humanidad? Ya que estamos…

—Tranquilos —respondió Armentia dando una calada a un cigarro.

—¡Qué cojones vamos a estar tranquilos! —gritó Morales—. Hemos sacado de la cama a este putero de mierda para que dé un comunicado, y el cerdo va y empieza clavando en una pica la cabeza de uno de los agentes que le han dejado la ciudad tranquila.

—Tiene que ser joda, Frodo —dijo Germán—. No rompas más las bolas y déjanos oír.

El bajo en el que estaban era un híbrido entre una cantina bandolera y un *txoko* parrillero, y en él podían dar rienda suelta a todas las bravuconadas que quisieran con la certeza de que nadie iba a dar una patada en su puerta, pillarlos despatarrados sobándose el nabo y rascándose los huevos, para convencerles de que su masculinidad no era el motor del progreso. Cada uno tenía el sonajero de un vaso de tubo con un hielo, un cuenco de patatillas y un sillón de cuero desde el que veían las cosas con la claridad de los hombres de antes. La guarida tenía un tipo de iluminación que parecía escogida para que bajo ella no se hiciera nada que pudiera comentarse en casa, y todo lo que había era hosco y adecuado como para que allí entraran únicamente los que vinieran a jugarse la vida.

Las paredes eran un recorrido por la memoria de veinte años de trabajo policial. Lo más llamativo era una colección de bufandas de equipos ultras que incluían *ikurriñas txuri-urdin* con lemas abertzales, bandas colchoneras con la bandera del pollo, franjas verdiblancas por la independencia de Andalucía, el bulldog de los *boixos nois* cubierto de esvásticas y alguna de los Riazor blues con un flemazo de sangre en el que se leía «Odio o fútbol moderno». Entre ellas había algún arma sobre una placa como un trofeo de pesca, principalmente navajas y

alguna que otra más estrambótica, como nunchacos y otros juguetes acumulados en aquella madriguera cavernícola tras una vida de desahucios y reyertas. En el techo, supervisándolo todo, un águila de dos cabezas abría las alas por una sábana con la bandera de un imperio español que había absorbido las caladas de un millón de pitillos, y peleando con una nube tabacalera parecía, al mirar el hilillo de humo que la había creado, que todo en aquel lugar había salido de la imaginación del cigarro que se estaba fumando Armentia. Sobre los hombros, todos tenían la bufanda de un equipo de fútbol diferente.

—Qué puta locura, señores. Como sea verdad nos vamos a la mierda, ¿eh? —añadió Rorro.

—¡Pues claro que es verdad! ¿O es que no escuchas lo que dice este? A Ragnar le va a caer un marrón de la virgen por hacer su trabajo. ¡SU PUTO TRABAJO! —enfatizó Morales—. Y todo por tener que reparar las chapuzas que hace esta panda de hijos de…

—Pues a ver qué policía se la juega deteniendo a nadie si con ello puede acabar en el trullo —le interrumpió Rorro—. ¿Os podéis creer esta basura?

—Lo que yo no entiendo es cómo cojones hemos llegado a este punto, que tenemos una rebelión de salvajes aterrorizando el centro, y cuando trincamos a uno asaltando una farmacia es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Ahora bien, un policía se tiene que defender de un ataque con arma blanca y… ¿la cosa es al revés? ¿Es culpable hasta que…? —preguntó Morales señalando a la televisión.

—Que te tranquilices… —dijo Armentia echando humo por la boca.

—Daaale, Frodo, será el ooorto que me estás pudriendo. *Shevas* gritando como un loco *sinco* minutos y ni siquiera estás escuchando lo que se dice.

—Germán, o eres tonto y no te enteras o yo no me lo explico. Tenemos a Robinho criando malvas, a Jáñez en el hospital y a Ragnar en el banquillo de un tribunal, mientras el presidente habla de justicia social frente a una multitud de gente que es alérgica al jamón... ¿qué coño tengo que escuchar? ¡NO ME JODAS!

—¡SILENCIO! ¡HOSTIAS! ¡NO LO VUELVO A DECIR! —alzó Armentia la voz dando un puñetazo en la mesa que tumbó sus torres de fichas.

Él y Morales cruzaron una mirada en la que se dio una negociación muda, y todos sintieron abriéndose entre ambos el acantilado insalvable de una historia de cosas por decir que nunca se dirían. Armentia, dando otra calada, cogió el mando y le subió el volumen a la televisión.

«… Acontecimientos de los últimos meses, particularmente en el recinto que tengo a mi derecha, han constituido uno de los momentos más oscuros de nuestra historia reciente. Pese a ello, son este tipo de avatares los que nos ayudan a comprobar la buena salud de la que goza nuestra democracia, ya que es a través de las enfermedades, si me permiten la comparación, cuando se descubre la fortaleza de nuestras instituciones…».

Mientras esperaba a que la tetera de hierro que tenía sobre el fogón empezase a silbar, su marido iba y venía del salón con platos y cuencos que apilaba sobre la encimera. Peinó los pocos restos que tenían los últimos y, al terminar, se le fueron los ojos hacia la pantalla.

—Tres inmigrantes mataron a un policía y nadie dijo ni mu, y ahora que ha muerto un inmigrante a manos de un policía que se estaba defendiendo, la ciudad tiene una semana de guerra civil… ¿y para este tío eso es una democracia en buena salud?

Al abrir el lavavajillas vio que se le había olvidado recoger lo del día anterior.

—Venga, anda —dijo Adriana—. Vete pasándomelos que te ayudo.

—¿En comisaría se ha hablado algo? —le preguntó sacando vasos.

—Ya te conté que la investigación se pausó después de que Renato Díaz muriera en el desahucio.

—No me suena —dijo pasándole un bol—. Se lo dirías a otra persona, porque a mí…

—Que sí —dijo abriendo otro armario—. Que la inspectora al cargo tuvo un accidente y lleva en coma semanas. Celia Aparicio, se llamaba. Venga, pásame los platos.

Habían hablado de aquello en la oficina, pero ella no quería saber nada. Su trabajo no iba de escarbar por la sociedad en busca de manzanas podridas, aunque estaba tan quemada de intuir la podredumbre

que se guisaba bajo la superficie que todo le entraba por un oído y le salía por el otro, mientras sobrevivía a su día a día de tramitar multas para la administración.

«… que se han cometido errores. Nadie, por muy arriba o abajo que esté en la sociedad, está libre de cometer fallos, y del mismo modo que todos nos equivocamos de vez en cuando, le puede pasar tanto a las autoridades como a aquellos que se encuentran con ellas».

—Había sido un accidente de tráfico, ¿no? —volvió a decir pasándole unos platos—. ¿No te parece demasiada coincidencia? Me sorprende que no os salten las alarmas cuando una inspectora a cargo de una trama tan gorda se sale de la carretera por arte de magia.

—Ya hemos hablado de esto —respondió Adriana con sequedad abriendo un cajón—. Yo estoy en otro departamento. Que le han saltado las alarmas a alguien, tenlo por seguro, pero no ha sido a mí. Pásame los cubiertos.

—Madre mía, hija, cómo te pones. Solo decía que me parece sospechoso y ya está.

«… conviene recordar que la multiculturalidad siempre ha sido, es y será uno de los principales méritos de la sociedad madrileña, y aunque muchos la hayan señalado como el detonante del problema que nos ocupa hoy, no podemos pasar por alto todo lo beneficioso que nos ha traído la diversidad cultural a lo largo de años de cordialidad y convi…».

—Y esa chica… ¿qué? ¿Está en la UCI con dos gorilas vigilándola? ¿O cómo va el rollo?

Siempre le hacía gracia imaginarse cómo sería su mundillo en la cabeza de su marido. Diego parecía ver la Policía como una farándula neoyorquina de gente que enseña una placa y se comunica en clave diciendo números y letras griegas. No quería quitarle la ilusión y, de una manera perversa, la reconfortaba que pensase que ella hacía algo tan entretenido. En realidad estaba cerca de empezar a odiar su trabajo, pero no quería ser ella quien le dijese que, más que una película, su día a día consistía en sobrevivir la silenciosa desesperación de pasarse la vida mirando con lupa papeles que se habían escrito para que nadie los leyera.

—Claro —le respondió sonriendo— y con dos helicópteros volando en círculos sobre el hospital. Venga, anda, pásame los cubiertos.

Sintió el batido de unas hélices acercándose y pausó un segundo mirando al poco cielo que se abría sobre la calle. Muchos de los que se encontraban debajo le imitaron. Luego empezaron a buscar por el suelo como si eso les hubiera recordado algo y estuvieran atando cabos. La Policía había sellado las alcantarillas con una cinta especial, había bloqueado la carretera con jardineras de acero y, aunque nadie lo viera, también había colocado varios tiradores por diferentes pisos que les daban una visión completa de la calle y, por supuesto, de él.

Los disturbios de los días anteriores se habían saldado con cientos de heridos y la única muerte que hubo fue la que inició todo en primer lugar. Los medios habían bautizado los seis días de destrozos y encontronazos entre policías y radicales como «el Ragnarok», aunque el porqué del nombre era lo único que no le habían explicado antes de subir a la tarima.

El folio que le habían pasado con un resumen de los acontecimientos era un lío en el que se mezclaban una barriada derruida, dos niños muertos, un desahucio con un policía asesinado y un proyecto urbanístico que pretendía hacerle un lavado de cara a aquella zona. Aún no tenía muy claro lo que había ocurrido, pero con aquello le valía para bailarle el agua a un pueblo que hablaba de justicia a la vez que pedía sangre con la mirada. La gente era suficientemente tonta como para que un discurso que no dijese nada valiera para hacerles volver apaciguados a sus vidas de mierda, sí, pero esta vez le habían avisado de que tuviera más precaución de lo normal.

Durante la última semana había oído hablar de cárteles de droga, tráfico de armas y hasta de un sacrificio satánico, y había llegado a un punto en que ni siquiera él era capaz de encontrarle un sentido a toda la información que le llegaba. Lo había intentado en Internet por sí mismo, pero el solar donde ahora estaban las obras había acumulado a lo largo de los años, entre reyertas, videos y artículos periodísticos, suficientes entradas en Google como para que nada pareciera verdad sin que todo llegase a ser mentira, y él no podía saber cuál era cuál.

No tenía necesidad de informarse, y no tendría ningún problema siempre y cuando la línea de escudos y porras le permitiera continuar parapetado con lo que le habían dicho que dijera. Curiosamente, lo que más le preocupaba no era que hubiera un atentado terrorista,

sino que fuera uno de sus propios francotiradores quien de repente se girara y disparara contra él. La multitud, a sus pies, empezaba a removerse nerviosa al ver que todavía no había dicho nada después de varios minutos. Él procuró olvidarse de todo y centrarse en leer el teleprompter:

—Y cuando se trata de superar enfermedades, así como un cuerpo humano tiene sus mecanismos, también la democracia tiene sus propios anticuerpos, los glóbulos…

«…blancos que tan cruciales son para demostrar nuestra fortaleza, especialmente cuando la maldad de unos pocos hombres pone a prueba la entereza de nuestras instituciones».

—Los únicos anticuerpos que le interesan a este son los que impiden que le parta la cabeza toda esa tribu que hay ahí. ¿Quiénes son los que están?

—Puma 72 —respondió Armentia—, los de Sanchís.

—Anda que menuda nos la lió ese con el reparto de la Harinera —dijo Morales—, igual no estábamos aquí si el cabrón lo hubiera organizado todo mejor, fíjate lo que te digo.

—*Rasón no le falta a este pedaso de nasi* —dijo Germán con la mirada en la televisión.

—Y ahora esa panda de putos animales van a quedar como héroes y mártires, mientras a nosotros se nos tira al cuello la misma ciudad que hace dos meses nos pedía a gritos que se los sacásemos a patadas de allí —dijo Morales.

—*Calmaate. ¿No escushas? Somos los leucositos de la democrasia* —bromeó Germán.

—Que no te creas una mierda de lo que digan. Ahora nos está dando una caricia para luego soltarnos una puñalada en las costillas —respondió.

—Lo más jodido de todo —añadió Rorro— es que a ninguno de la constructora que necesitaba que le limpiaran esa zona para empezar a construir le va a caer un puro. Siempre nos toca a los de abajo comernos la mierda y… ¡bah! No nos dan ni las gracias.

—Acabás de descubrir el Mediterráneo vos, ¿eh?

—La espalda es lo único que te van a dar.

—*Shevás en el cuerpo sha casi dies años… ¿y resién* te enteras que sos la última mierda?

—Y ahora que lo pienso —dijo Morales ignorando a Germán—, aunque te cargues a alguien en mitad de la calle de calentada… ¿cómo cojones te van a meter asesinato si no hay premeditación y habiéndolo hecho en defensa propia? Además, ¿con agravante por indiferencia por la vida humana? ¿QUÉ HOSTIAS ES ESO?

—Que es un bulo de la prensa, Carlos. Eso no existe en términos jurídicos, coño, ¿no ves que parece que lo han sacado de una peli americana de abogados? —dijo Rorro.

—¡QUÉ ME DA IGUAL! ¡JODER! Tenemos a uno en cuidados intensivos, a otro en una caja de pino y al tercero dudando entre si le van a dar soga o guillotina. Así que hay que empezar a hacer algo, no puede ser que aquí todo el mundo tenga un sindicato, un colectivo o una puta asociación para sacarles las castañas del fuego y nosotros tengamos que sentarnos a esperar a que llegue el puto ratoncito Pérez para salvarnos. Esta misma tarde empiezo a pegar telefonazos a todo Dios, me da igual que sean viejas glorias, *uiperos* o lobos de escritorio, quiero apechugando a todo el que tenga número de placa.

Rorro asentía, mientras los otros dos se miraban poniendo en sintonía su opinión respecto a lo que acaban de oír. Ni Germán ni Armentia estaban en contra de lo que decía, pero parecían saber algo que hacía de la histeria de Morales una rabieta que no merecía tomarse en serio.

—Y que nadie sea rata, no vamos a quedarnos esperando consolados porque sea otro al que le van a dar por culo. Hay que hacer presión, ¿va? ¿Sí o no? —dijo mirando a los tres que había en torno a la mesa—. ¿Capitán?

Armentia sopló el humo del cigarro suavemente y lo apagó como si no le importase mucho todo lo que no tuviera que ver con el cenicero en el que lo había hecho. Miró a la televisión, luego a Morales, y respondió haciendo una mueca enigmática, de complicidad y cansancio, torciendo el rostro en señal de que lo haría si no le quedaba otra. Luego retomó las cartas que había dejado posadas sobre la mesa y las volvió a mirar levantándolas solo por una esquina.

—¿Seguimos con la partida? —respondió al fin—. Creo que hoy voy a tener suerte.

—Y la inspectora en coma y el agente muerto no le importan a nadie, ¿no?

La televisión había dejado a Diego congelado. La cocina tenía la decoración justa como para hacerla acogedora, aunque aún conservaba la frialdad *blancurria* de un piso sin amueblar. Él y Adriana llevaban años de mudanzas haciendo un yo-yo por todo Madrid, y ambos estaban acostumbrados a saltar de casa en casa conforme las ondas expansivas del mercado mobiliario les echaban de una cajonera para entrar en otra sin que ninguna llegase a ser un hogar.

—O sea, que los disturbios no tienen nada que ver con ellos, quiero decir.

—No sé si te sigo —dijo Adriana quitándole los platos de las manos.

—Que si están protestando mil, por decir algo, por el agente habrá protestando solo tres. ¿Sabes? Han mandado al hoyo a dos trabajadores honrados y nadie ha movido un dedo, pero en cuanto ha muerto un chaval con antecedentes penales que intentaba cargarse a otro con un arma blanca, de repente esto parece el asalto a la Bastilla.

—Claro —dijo, sin añadir más.

Diego pareció escapar del hechizo de la pantalla unos segundos. Se giró hacia ella intrigado por lo que acababa de escuchar y volvió a meter la mano en la bandeja inferior del lavavajillas. Adriana parecía estar más pendiente de los platos que de todo lo demás.

«… nadie dice que sean perfectos, y cualquiera que piense que, en las mismas circunstancias, habría actuado mejor de lo que lo hicieron nuestros agentes, le aconsejaría…».

—Solo yo me podía casar con el único madero de toda España que prefiere ver manifestaciones a favor de los cacos en vez a favor de los polis —dijo.

—No es eso —rechistó Adriana—. Lo que pasa es que lo estás viendo al revés.

—Pero… ¿qué pasa? ¿Que la vida de un magrebí sí merece una insurrección armada, pero la de dos agentes de Policía no?

—El chico que murió había nacido en un hospital de Getafe, eso lo primero, así que de magrebí tenía lo que tienes tú, y lo segundo es

que eso da igual. Podría haber sido chino, kazajo o de Cuenca mismamente, lo único que importa es que lo mató un policía.

Casi nunca se decía nada nuevo en sus conversaciones. Llevaban tanto tiempo juntos que conocían perfectamente las ideas que tenía cada uno y, por respeto al otro, intentaban no desviarse hacia algo que ya hubieran dicho mil veces. Cualquier diálogo les tentaba siempre con las mismas trampas, pero a aquellas alturas se valoraban lo suficiente como para ahorrarse mutuamente cualquier juicio que pudiera acercarlos a una discusión política.

—Ahora soy yo el que no te sigue.

—Que si hay mil protestando, a lo mejor hay cuatro gatos haciéndolo en solidaridad para apoyar a alguien, pero novecientas noventa y seis personas lo están haciendo simplemente por sacarle una peineta a los malos de la película.

Diego la miró mientras le pasaba otro plato. La televisión tomó la palabra unos segundos.

«… imposible, insisto, IMPOSIBLE, exigir a un agente del orden que, en mitad del más absoluto caos, sea capaz de actuar de acuerdo con unas expectativas que solo tienen sentido en condiciones normales. La impredecibilidad, el peligro y, desde luego, la…».

—¿Y en cristiano? ¿Inspectora Guerra?

Adriana se puso a rascar con el dedo gordo uno de los platos que le acababa de dar. Hizo una mueca con rabia y lo puso con otros dos que, en vez de guardar, había dejado en la encimera.

—Que los disturbios no son A FAVOR de nadie —enfatizó sus palabras—, simplemente EN CONTRA de la Policía.

—Vamos, Víctor, un pasito más. Eso es, sigue, ahora el otro —le decía la enfermera.

Los vendajes no le dejaban ver. Tenía que caminar en línea recta por las barras paralelas, tocar los guantes y volver. Tres veces. Ese era el circuito que le había marcado la traumatóloga.

Jáñez llevaba dos días aprendiendo a caminar de nuevo, y cada vez que movía una pierna lamentaba que siguiera teniéndolas. Un relámpago de dolor le recorría en diagonal el cuerpo nada más sus pies tocaban el suelo, y el esfuerzo que le requería arrastrarlos zozobrando hasta poner una pierna delante de la otra era suficiente para nublarle

la vista. Era una mole de dos metros, y pese a haber perdido peso durante el coma y la rehabilitación, Víctor Jáñez seguía siendo el policía nacional más terrorífico del cuartel de Moratalaz.

—Ya casi estamos —volvió a escuchar—. Hacemos la vuelta y nos tumbamos a ver la tele.

Si venían a verle Mario y Marisol, podía juguetear con su hijo mientras ella se aseguraba de que se había tomado todas las pastillas y hecho caso a todo lo que le decían los doctores. Si no, se pasaba el día atocinado en un sopor farmacéutico que le difuminaba mañanas, tardes y noches en un mismo borrón de vida larvaria que no debía diferenciarse mucho de la inexistencia. Los opiáceos hacían de cada tarde un tira y afloja entre la confusión de una drogada que apenas le dejaba saber si seguía con vida y un dolor que le daba ganas de quitársela. El poco tiempo que no estaba flotando en anestesia intentaba concentrarse en respirar el aire justo como para seguir vivo sin que el dolor de las costillas le hiciera desear estar muerto, y cuando finalmente le tocaba ponerse de pie, los diez minutos que le costaba hacerse dos idas y dos vueltas eran suficientes como para no querer hacerlo nunca más.

Los guantes de boxeo que colgaban al final de las barras estaban pelados del uso, mordisqueados, y a uno se le salía el relleno por un costado. Los del cuerpo se los habían traído del desahucio como *souvenir,* nunca mejor dicho. No tenía ni una sola memoria de lo que había ocurrido allí, y aparte de su cuerpo y lo que le habían contado al despertar, aquello era la única prueba de que todo no había sido más que un mal sueño: un trofeo que no le apetecía tener y que, en vez de deleitarle con la victoria sobre alguien de quien ni siquiera se acordaba, le hacía sentirse como si fuese él el que parecía un recuerdo desvaneciéndose en la memoria de alguien.

—Muy bien, Víctor, ¿ves cómo cada día te cuesta menos? —le dijo ayudándole a recostarse—. Mañana más y mejor, ¿vale? Poco a poco.

La enfermera le empujó las piernas encima de la cama y se las alzó haciendo un blocao de cojines. Le tranquilizaba estar al fin quieto, pero al mismo tiempo le sobrecogió una sensación agridulce. La horizontalidad era un arma de doble filo, y aunque tumbado podía llegar a olvidarse por momentos de que le habían partido el alma, el

desquiciamiento de tener que estar así hasta que volvieran a auparle acababa por hacer que le apeteciera volver a ponerse de pie.

La enfermera encendió la televisión dejando el canal que estuviera puesto y se fue de la sala. Víctor Jáñez miró la televisión intentando distraerse, pero todo lo que se dijera en ella le daba igual. Los ojos se le fueron a los guantes, aun meciéndose al final de las paralelas, y una frescura extraña empezó a llenarle la boca con un sabor a menta. Un ruido metálico le vino a la mente. Clonk, clonk, clonk, escuchó como si doblaran las campanas por alguien. «¿Qué me pasó allí?», se preguntaba siempre antes de quedarse dormido.

«… aunque ni la ley misma está exenta de tener errores, dicho sea, especialmente cuando las particularidades de los casos en los que haya que aplicarla desvelan sus imperfecciones».

—Si te soy sincero, no tengo ni idea de por dónde se va a salir este tío.

Adriana volvió a rascar el plato con el pulgar. Le preocupaba más la cocina que su ciudad, pero tampoco mucho. Antes podía tirarse la tarde moviendo y removiendo vasos y tazas, una y otra vez, hasta que la cristalería quedaba encajada en un tetris perfecto, pero ahora era más tolerante a la hora de dejarlo todo patas arriba si con ello podía irse antes a hacer otra cosa.

—Me sorprendería lo mismo que ordenara encarcelar a todos esos policías de ahí, como que les mandara empezar a cortar cabezas entre el público —continuó Diego.

Mientras que antes no podía negociar consigo misma que no hubiera una sola partícula bajo su control, ahora estaba más acostumbrada a tomárselo todo con calma, e incluso había perfeccionado el arte de ir por su propia casa fingiendo que todo le importaba una mierda. Quizá se lo había contagiado su trabajo, y como fuera de esas cuatro paredes todo era un burdel irremediable, su casa, que tampoco lo sería durante mucho antes de moverse a la siguiente, acababa por contaminarse con la misma apatía con la que se arrastraba por su oficina.

—Aunque a ti te la suda. ¿Al no ser poli de calle te da igual? ¿O qué pasa?

Aquella mota de restos, seca y enquistada en la vajilla, le habría molestado como un herpes en la profundidad de su corazón hace

meses, pero ahora no le preocupó mucho meter el plato al armario. Así valdría, pensó cogiendo otro de la pila que había dejado en la encimera.

—¿Adriana? —escuchó que insistía Diego.

—Oye —dijo viendo que también estaba sucio—, ¿seguro que les das un agua antes de meterlos al lavavajillas?

—¿Ves? —dijo Germán—. *Sha* te dije que se estaba calentando la boca, pelotudo.

—Bueno, bueno —respondió Morales—, no vendas la piel antes de cazar al oso, que este muñeco dice lo que le conviene decir, y luego hará lo que le dé la puta gana.

—¿Pero vos no escuchás lo que *dise*? Está di…

—Me cago en Dios, que todavía te fíes de lo que diga un puto político cuando tu vieja tuvo que salir por patas de Argentina nada más parirte… manda cojones.

«… y si el peso de la ley amenaza con caer sobre alguien que, aunque parezca merecerlo, tenía motivos para actuar al margen de ella, es nuestra obligación moral revisar que se haga jus…».

—Este sorete no se entera de nada, ¿eh? —dijo mirando a Armentia.

—El que no se entera de nada eres tú, coño. Que no es la primera vez que nos vienen con palabras bonitas y luego nos echan a los perros, joder. Acuérdate de la última vez, cuando hablaron de sacar más plazas y adelantar la jubilación. También parecía que nos estaban dorando la píldora… dando dotaciones y todo el rollo, y lo que hacían era glasearnos el ojete para montar un festival de dar por culo a maderos.

—Va, Frodo, joder —le dijo Rorro—, tampoco hace falta ponerse visceral.

—Ha perdido la *cabesa*, este gil —dijo Germán con gestos italianos—. Por una *ves* que tenemos al gorrión supremo comiendo miguitas de nuestra mano, y este *chavón* se pone que si el fin del mundo y a hablar de la piel del oso y no sé qué mil mierdas. Pero ¿qué carajo tendrá que ver lo que diga un *consejal* por un par de quejas, con lo que diga el presidente por culpa de la que ha liado Ragnar dándole la merienda a aquel pibe?